

## **BAUTIZADOS EN EL AMOR DEL PADRE**

### **(Meditación de Adviento y Navidad)**

#### **El Bautismo de Juan y el Bautismo Cristiano**

LOS tiempos litúrgicos de Adviento y Navidad, tan enlazados entre sí por el hecho de constituir el uno preparación y espera del otro, aparecen en su comienzo y final ligados por la figura de Juan el Bautista, quien, si en el Adviento llama a la conversión porque se acerca el Juicio de Dios, en el tiempo de Navidad, que concluye con el Bautismo de Jesús, al aceptar que Jesús (muy probablemente su discípulo favorito) reciba las aguas de la penitencia y conversión, pone los cimientos para la nueva construcción del Bautismo cristiano. ¿Qué hay de común entre el Bautismo de Juan en el Jordán y el sacramento cristiano del Bautismo?

De la conciencia de culpa que llama a penitencia y conversión, propia de la actividad apocalíptica del profeta del otro lado del Jordán, y que representa el final de una etapa de la historia de salvación, concluimos, con el Bautismo de Jesús, entrando en una nueva etapa (definitiva ya) en la que, en lugar de situarnos ante un Dios justiciero que amenaza con enormes castigos a quienes no cambien de conducta, nos sentimos reconciliados con Dios por propia iniciativa divina, sin necesidad de otra penitencia ni conversión que la del corazón, es decir, la de haber aceptado su amor que se nos regala como dinámica estructural de cada una de nuestras vidas.

Era necesario que el Bautista predicara la ira de Dios, quien iba a destruir este mundo de pecadores, salvando a unos pocos purificados y justos, para crear en ellos y con ellos otro mundo nuevo. Era necesario porque en el mensaje de Juan se hacía evidente (en línea con los grandes profetas) que no eran eficaces los sacrificios expiatorios del templo destinados a aplacar la ira de Dios. Y así, el Dios que se había de manifestar en la nueva línea del Reino, predicado por Jesús, no precisaba otra cosa de sus hijos que la conversión del corazón (con clara dimensión histórica, sociopolítica), consistente en reconocer que no son nuestros méritos, adquiridos mediante prácticas rituales/religiosas, los que nos hacen gratos a sus ojos, sino el mero hecho de reconocer por parte nuestra que somos sus criaturas -sus hijos muy amados- nacidos de su corazón de Padre de infinita misericordia.

En adelante nos sabremos hijos muy amados porque lo somos de un Padre que ama mucho, sin medida, a todos y cada uno de sus hijos (independiente a sus connotaciones de creyentes o no creyentes, justos o pecadores). La diferencia se dará, únicamente, en el resultado de que los creyentes se sabrán habitados y dinamizados por dicho amor, cosa que no resultará tan clara para los no creyentes (aunque pensamos el Padre se “empeñará” de algún modo sólo a Él reservado de hacérselo notar).

Será a partir de esa dimensión de un corazón purificado por el fuego del amor divino, como Jesús de Nazaret, bautizado por el propio Juan, nos conducirá a la vivencia de fe por excelencia: no tengo que salvarme a mí mismo para la vida eterna, que ya se me ha regalado anticipadamente por el amor de Dios manifestado en Cristo; pero sí tengo que reconocer (agradecer) dicho don y colaborar con él, a fin de desarrollar al máximo posible mi estatura de hijo de Dios, persona humana que se realiza como tal en el seguimiento de Jesús.

En el Bautismo de Jesús todos hemos sido bautizados, y hemos renacido con Él a una vida nueva. Importa mucho, a los bautizados en Cristo, no olvidar ni echar en saco roto los grandes contenidos (y las exigencias que consigo llevan) las gracias del Bautismo.

### **Nos detenemos en la consideración de los contenidos y exigencias básicas de nuestro Bautismo Cristiano**

**1. Nuestro sacramento del Bautismo, no es distinto al de Jesús por Juan en el Jordán.** Al bautizarse Jesús en el rito de Juan, es precisamente el rito de Juan el que deja de tener vigencia, para dar paso a otro bautismo, no de purificación legal, no de penitencia corporal, sino de apertura del corazón al amor misericordioso de Dios, que sólo espera de nosotros lo reconozcamos como Padre y respondamos con nuestro amor a su amor.

#### **2. Este reconocimiento lleva consigo:**

**a) Confianza y abandono** en su providencia de Padre/Creador, que todo lo ha hecho bueno para el disfrute de sus hijos, y que desde dentro de nosotros nos ayuda a sacar bien de todo mal que pueda sobrevenir a nuestra existencia temporal (*No amarguéis vuestra vida con las preocupaciones de qué comeremos, o qué nos vestiremos el día de mañana. ¡Bástele a cada día su propio afán!*).

**b) Actitud de agradecimiento** ante tal Padre, cuya felicidad consiste en vernos felices a nosotros, y nos ha dado cuanto somos y legítimamente tenemos, para hacer crecer nuestra existencia en valores que expresen hacia fuera (para el bien común) nuestra semejanza interior de hijos de tal Padre (*...que vean que sois hijos de Aquel que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos y pecadores*).

**c) Deseo firme y ardiente de colaborar** con todas nuestras fuerzas y capacidades en la venida constante de su Reino entre nosotros. Ese Reino que se caracteriza por la fuerza del Amor, y rechaza toda otra fuerza basada en la mentira, la ambición, la violencia, la opresión. Colaboración con el Reino que se lleva a cabo sin ningún tipo de coacciones ni imposiciones, sino mediante la palabra abierta del diálogo sincero y del servicio humilde y gratuito (*Aprended de mí que soy manso y humilde en mis sentimientos, actitudes e intenciones..., y encontraréis vuestra mejor realización. Los poderosos de este mundo oprimen, entre vosotros no sea así*).

**d) Inconformismo y rebeldía serena, pero decidida**, ante los poderes de este mundo que avasallan la dignidad sagrada de la persona humana, y hacen sufrir con sus instrumentos (a veces muy sofisticados, difíciles de descubrir, y por ello mismo de alcance más mortífero) de dominio a los más débiles y desfavorecidos (*Id a anunciar a Juan (en la cárcel) lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, a los pobres les es anunciada la Buena Noticia del Reino. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice en mí!*).

**e) Mantener la esperanza en el corazón de todo conflicto**, sabedores de que nuestro Padre tiene más interés (apuesta más) que nosotros en el triunfo de la vida y del amor sobre todas las formas de violencia y muerte (*No temáis: yo he vencido la mentira del mundo. Desde ahora será imposible servir al mismo tiempo a Dios y al dinero*).

## Valoración de sacramento del Bautismo como renovación eclesial

**Valorar al máximo que la gran puerta que el Bautismo cristiano** nos ha abierto es la de una comunicación directa, simple (sin intermediarios). de descanso amoroso y de comunicación íntima con el Padre que nos está dando el ser de nuestra propia identidad en cada instante de nuestra vida. Entendamos bien que en este intercambio amoroso que llevamos a cabo en lo más escondido de nuestro ser, es precisamente donde todos los valores y exigencias del Bautismo se cumplen, se plenifican y nos convierten en instrumentos de su Paz.

Lo que acabamos de decir, de importancia decisiva, se resume en que no llegaremos a saber en qué consiste nuestro Bautismo cristiano, hasta que no hayamos hecho de nuestra vida en la tierra un trato asiduo, adorativo, reverente, sin ningún tipo de miedo, y expresión del gozo de vivir que brota de amar y ser amado en un amor tan grande como el que nos habita y dinamiza de parte de Dios.

Es así como el Bautizado, inmerso en el misterio de Cristo, fortalecido por la luz de esa experiencia de fe que es gozo de saberse ya salvado para la vida eterna, ha de entregarse, no a conseguir su propia salvación, que le ha sido regalada y nadie se la puede quitar si él no consiente; sino que su entrega será en exclusiva al Reino de Dios y su justicia, que bien entendido podemos desglosar en los siguientes apartados:

- a) **A su propia realización como persona**, aceptando su ser original y único, descubriendo en sí cuanto necesita para ser libre, feliz y fecundo a su paso por este mundo, y no deseando en nada ser igual a otro, ni ambicionar dones de otras personas (éxitos de otros) que no se dan en sí. El hombre nuevo renacido de las aguas del Bautismo jamás se compara con nada ni nadie. Sabe que tiene lo que necesita tener, lo que el Padre ha considerado oportuno para su feliz realización individual. Cada hijo es una muestra original del Ser inagotable del Padre único.
- b) En tal fidelidad a sí mismo, descubre también que es **enviado con misión**. Que el Padre no tiene hijos inútiles. Que en cada uno de sus hijos ha puesto dones al servicio de los demás. Y que ser buen hijo es cultivar y entregar a los otros cuanto se me ha dado para fomentar la fraternidad en este mundo.
- c) De ambas exigencias (fidelidad a sí mismo y conciencia de misión) se desprende otra de no menor magnitud: **estar en disposición permanente de dar y recibir**. De la misma manera que estoy en todo momento dispuesto a servir al prójimo de acuerdo con lo que él necesite de mí y está en mi mano ofrecerle, debo estar dispuesto a recibir de él lo (mucho o poco, ¡da igual!) que él posee en cuanto otro, distinto a mí; y a quien debo respetar y amar, en lo que tiene precisamente de distinto a mí, sin pretender situarme, en ningún campo (cultural, social, económico, religioso...) por encima de él, pues todas las diferencias hacen referencia a la inmensa riqueza del mismo Padre que manifiesta y entrega el inagotable caudal de su vida y de su amor repartido en todas sus criaturas.
- d) Y, como es de lógica paterno/filial indiscutible en toda familia no rota por tensiones de egoísmo y/o lazos de ambición de poder, el Bautismo en Cristo, nos predispone al **servicio preferencial (y aún más que preferencial: sacrificial) a los hermanos que**

**más sufren (cerca o lejos)** entre nosotros. Bautizados en Cristo/Jesús, Profeta del Reino, realizamos nuestro profetismo con palabras y obras (palabras de diálogo y anuncio y obras de encarnación y testimonio), para alertar en nuestro entorno y momento histórico que no hay más salvación para el mundo, nuestro mundo, que hacer de las necesidades de los más pobres el valor más cotizante en la bolsa de los intereses humanos (políticos, sociales, económico, culturales, religiosos).

### **Consecuencias para las Iglesias cristianas y su tarea pastoral en el mundo**

**Es urgente restituir al sacramento del Bautismo el lugar que le corresponde** en el conjunto y desarrollo de la vida cristiana. En principio, es el primero (mayor) de los sacramentos, pues fundamenta a todos los demás. Incluso si no existieran los otros seis de la Iglesia Católica, bastaría con éste para poner en marcha el Pueblo de Dios peregrino en la tierra, servidor de los intereses de los últimos. Y, si existen los demás (incluido el de la Eucaristía) lo es para explicitar los valores contenidos y transmitidos por el Bautismo de Jesús en el Jordán, que da fin a todo rito penitencial y de purificación, para insertarnos en la tarea mesiánica de anunciar y colaborar con el Reino de Dios que comienza desde la liberación de los que más sufren.

La conclusión del evangelio de Marcos nos autoriza para hacer tal aseveración: *Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad este mensaje de salvación a todos. El que cree y es bautizado será salvado; pero el que no cree, será condenado. Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre echarán fuera espíritus malos; hablarán en nuevas lenguas; tomarán en sus manos serpientes, y si beben algo venenoso, no les hará daño; además, pondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedarán curados* (Mc 1,15-18).

No decimos, de ningún modo, contra la tradición católica (que es la mía y la acato) que los otros seis no sean sacramentos de la Iglesia, y que como tales nos identifican, en su recepción bajo la fe, con Cristo, Cabeza y Señor único. Pretendo subrayar que el mandato de Jesús a sus apóstoles fue el de “id y bautizad” (así como también el de “haced esto en memoria mía”). Los siete sacramentos de la Iglesia Católica constituyen otros tantos signos de identificación con Cristo en su experiencia de Hijo único del Padre. Pero justo es reconocer que todos ellos tienen en el Bautismo (recibido bajo la luz de la fe) el núcleo de su posterior desarrollo, algo así como el pozo original del que brota el agua de los seis restantes sacramentos. En el Bautismo de Cristo en el Jordán, al que nos incorporamos por nuestro Bautismo eclesial, entramos a formar parte del Nuevo Pueblo de Dios, y cada uno somos hecho ya esa criatura (hombre o mujer) nueva capaz de sentirse liberada, salvada para el tiempo y para la eternidad, por el amor de Dios regalado en Cristo a todo el que se incorpora a Él por la fe y el Bautismo. El error puede sobrevenir de no haber puesto suficientemente en claro la relación del Bautismo cristiano con el de Jesús en el inicio de su vida pública.

La experiencia que Jesús tuvo en su Bautismo en aguas de penitencia, es la que ahora está llamada a tener toda persona que se bautiza en Cristo: la de saberse hijo del único Padre, y tener una palabra que dar al mundo. “Predilecto” cada uno de los bautizados en Cristo, tanto porque se identifica con el Predilecto del Padre, cuanto porque a cada uno lo ama con un amor de pre-dilección, es decir, una dilección (amor) especial para cada uno, según cada uno la precise. No se habla en ningún caso de un amor que exceda en grandeza o categoría a otro amor, sino de un amor que corresponde (precede) a la personalidad, misión y misterio que

cada humano precisa para no echar a perder su paso por este mundo. De otra manera no nos puede amar un Padre.

Al sacramento del Bautismo le corresponde un lugar tan principal en la misión evangelizadora de las Iglesias cristianas que, no preparar debidamente a los que aspiran (catecúmenos) a recibir el Bautismo, lleva en sí una contradicción de muy graves consecuencias: ni el propio bautizado será consciente de la llamada que alberga en su existir a ser otro Cristo en la tierra, por haber recibido tal sacramento (tal valor sagrado) sin haberlo deseado antes como respuesta a una llamada interior que le asegura que ese es su camino de máxima fidelidad a sí mismo; ni las comunidades cristianas gozarán de la vitalidad espiritual y misionera (audaz y contagiosa) que sólo puede dar el sentirse amado por un amor que no muere, y el saberse enviado con (por) una palabra creadora.

En cuanto a la vida sacramental, quedará tan patente que todos los demás sacramentos beben del Bautismo, que no se perderá jamás de vista que la recepción de cada uno de ellos, viene a incrementar la Gracia primera del Bautismo, y obliga a sacar de ella nuevas energías de experiencia de Dios (conocimiento amoroso) y de compromiso liberador (servicio a los que más sufren potenciando una auténtica fraternidad humana).

## **Conclusión**

Si la intención de esta meditación ha quedado clara (más o menos) a lo largo de su recorrido, y el lector está de acuerdo con ella (al menos en su núcleo esencial), reconocerá que ser seguidor de Jesús de Nazaret, no se identifica con una determinada forma de vida religiosa, si ésta se entiende como un conjunto de conceptos, leyes y ritos (transmitido por una tradición) que debemos acatar e intentar con todos los medios a nuestro alcance hacer nuestros en nuestra vida diaria.

Jesús se bautiza en el bautismo de Juan (al otro lado del Jordán), que ya no es en sí un rito del Templo (que está en Jerusalén), sino un bautismo de conversión para huir de las amenazas de la ira de Dios, pronto a manifestarse, tal como lo predica el Bautista. Tales conversión y bautismo llevan ya consigo un rechazo del Templo, es decir, de la tarea sacerdotal considerada como suficiente para agradar a Dios, y una llamada urgente a la pureza del corazón, que no se consigue con ritos sacrificiales llevados a cabo por intermediarios sacrales.

Jesús, al entrar en el Bautismo del Jordán, acepta, hace suya, esta dimensión del mismo: lo que nos une con Dios no son los ritos externos, sino la actitud de un corazón regido por la misericordia. No por el temor, como Juan afirmaba, de poder ser excluidos del Reino; lo que Jesús modifica al aceptar el Bautismo de conversión es que ha dado comienzo una nueva etapa en la Historia de Salvación, y en ella no es el temor al castigo, sino la confianza en el Amor de Dios lo que nos justifica, da paz a nuestros corazones y nos hace testigos fehacientes de que sólo el amor salva.

Cuando uno -tal es la experiencia de Jesús- acepta ser bautizado por otro, vive su Bautismo como un paso decisivo hacia algo nuevo, algo mejor. Y esa novedad a la que Jesús se abre (y nos abre) es la de una religión (forma de unión con Dios) que se basa exclusivamente en

aceptar su amor como fuerza de constante renovación de nuestras vidas en línea de los valores del Reino. El Bautismo no es sólo ni principalmente una renovación interior (de mujeres y hombres puros y separados), sino, fundado en la conversión a un Dios de amor, la conciencia de ser enviado con un mensaje de vida para todos. Escuchemos el relato de Marcos.

*En esos días Jesús salió del pueblo de Nazaret, que está en la región de Galilea, y Juan lo bautizó en el río Jordán. En el momento de salir del agua, Jesús vio que el cielo se abría, y que el Espíritu bajaba sobre él como una paloma. Y oyó una voz del cielo que decía: “Tú eres mi Hijo amado; estoy muy contento de ti” (Mc 1,9-11).*

Se trata de algo nuevo, que viene de arriba (*el cielo se abría*); no procedía de las aguas del Jordán en las que se había sumergido penitencialmente y de las que ya había salido. El Espíritu que bajaba como una paloma (símbolo de paz y mansedumbre) sobre Jesús, proclamaba ante la conciencia del propio Jesús (Jesús vio y escuchó) que al Padre de todos le agradaba su actitud de hijo que quiere ser fiel a lo más auténtico de su relación con el Padre: sumisión total a su voluntad de salvación universal. Jesús busca y expresa a través del Bautismo, la necesidad de un cambio radical (que es lo que con la entrada y salida de las aguas se simboliza). Y él se sintió portador y mensajero de ese cambio radical que luego denominaría Reino de Dios.

Al finalizar el tiempo litúrgico de Navidad con el Bautismo de Jesús, se nos invita a renovar cada uno nuestro Bautismo sacramental, con todo cuanto en él se contiene de conciencia de hijos muy amados. llamados a disfrutar mucho de dicho amor en relación con todos los aspectos de nuestras vidas y de nuestro mundo, y a testimoniar con valentía y entusiasmo que ese amor incondicional del Padre está al alcance de todos los que lo desean.